

AMALIA FERNÁNDEZ Y MIRYAM ROMERO

RELATOS DEL VIEJO MADRID

EDICIONES LA LIBRERÍA

1ª edición: Mayo de 1997
2ª edición: Mayo de 1997
3ª edición: Diciembre de 1997
4ª edición: Octubre de 2001
5ª edición: Octubre de 2005
6ª edición: Mayo de 2011

© 2011, Amalia Fernandez y Miryam Romero
© 2011, de esta edición: Ediciones La Librería

Edición: Ediciones La Librería (Madrid)
C/ Arenal, 21
28013 MADRID
Telf.: 91 541 71 70
Fax: 91 542 58 89
E-mail: info@edicioneslalibreria.com

Cubierta: Javier Fernández Lizán
Imagen de cubierta: Álvaro Benítez Álvez

I.S.B.N.: 978-84-89411-03-6
Depósito Legal: S-535-2011
Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Gráficas Varona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

A María Isabel Gea, con nuestra gratitud
por su inestimable colaboración.

PRÓLOGO

En el dominio de la sabiduría popular hay dos formas mayores: la leyenda y el cuento. La leyenda, (cuyo primer significado es lectura: yo no sé de leyenda, decía el analfabeto), es una narración culta, histórica o pseudohistórica, frecuentemente fabulosa que por su curiosidad se traslada espacial y temporalmente y se asienta en uno u otro lugar, en uno u otro país.

Sus protagonistas son seres reales en relación con su mundo y época que se aterran cuando un animal les habla –a diferencia del cuento– pero no separan los dos mundos: terreno y ultraterreno, y a veces hay relaciones con algún ser extraño (sirena, ninfa o hada) que suele producir tensiones trágicas.

Por su difusión encontramos una serie de tipos legendarios: Histórica o Religiosa (que puede dividirse en hagiográfica (o de santos) y ejemplar (o moralizante), y finalmente etnogónicas o referentes a la creación del mundo y etiológicas o explicativas de un lugar o calle, que son aquí las más frecuentes.

Ahora bien las autoras de este tomo nos dan ejemplo de todos los tipos y con un buen gusto extraordinario recurren, con mucha frecuencia, a narraciones anteriores en verso: originales en un caso (Nicolás Fernández de Moratín: *Fiestas de toros en Madrid*, finísimo poema histórico del siglo XVIII) en otros, varios, utilizan romances tradicionales recogidos entre el pueblo por Maza Solana y J. M. Cossío, A. Marazuela o Bonifacio Gil; a veces son poemas: «romances de ciego» de los que abundan en pliegos sueltos en el

siglo XIX. En alguna ocasión nos encontramos con viejos poemas épicos: *La condesa traidora* que explica el origen de los Monteros de Espinosa; en otras cuentos orientales como una cabeza del Palacio Real o cuentos árabes como el que da ocasión a la leyenda de la Calle de la Cabeza, estudiada por González Palencia y Guillermo Guastavino y puesta en deliciosos versos por Manuel del Palacio.

He aquí, pues, un libro entretenido, amable, con sentido histórico que resucita deliciosos o terribles personajes históricos como el alguacil Vergel de quién dijo tantas perrerías el Conde de Villamediana o D. Rodrigo Calderón cuyo refrán: «Orgullosa como D. Rodrigo en la horca» es anterior a él.

Ordenadas alfabéticamente tanto las realmente ocurridas, como las imaginadas, pueden fácilmente localizarse y recrearse en ellas: unas son seguras, históricamente aceptables y se remontan a tiempos yaidos, otras son una versión que diverge de otras más poéticas o más etnológicamente creíbles «La calle de la Montera».

De todas formas, aunque existan, y existen, varios otros libros de leyendas, éste no desmerece de ninguno y a mi modo de ver tiene alguna virtud que otros no tienen: la discreción y pudor para citar sus fuentes, la meticulosidad en la cronología, la sencillez expresiva y la brevedad, aunque sólo fuera por esta última ya sería de estimar el libro de Amalia Fernández y Miryam Romero dos periodistas de raza, que unen experiencia y juventud y que cumplen el aforismo del P. Gracián: Lo bueno si breve dos veces bueno.

JOSÉ FRADEJAS

INTRODUCCIÓN

La Real Academia de la Lengua me ha definido como una «relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos». No tengo partida de nacimiento, vine al mundo en cualquier día de cualquier año. Me compongo de amor, odio, romanticismo, terror, misterio, pecado, hechizo, arrepentimiento, milagros y... de otros muchos ingredientes. Estoy inserta en momentos determinados de la Historia; pero nadie puede poner coto a mi albedrío: me muevo con entera libertad, vuelo en el espacio de la fantasía y destilo un aroma ancestral. Como habréis adivinado, queridos lectores, soy la leyenda.

¿Por qué mi presencia en este libro? Porque creo que en un mundo tan rutinario como agitado no están de más unos relatos fantásticos que hagan sentirse un poco niños a los que ya no lo son; unas narraciones mágicas que los transporte a épocas que no conocieron.

He de confesaros que me siento dolida. Me han utilizado, han llenado páginas a mi costa para reconocer acto seguido que soy un fraude. Sí, se han emborronado muchos capítulos hablando de mí y después, se ha desmentido con datos mi existencia. ¡Usarme para destruirme seguidamente!

¡Cuánto sufro cuando me mencionan en tono tan despectivo como «...ahí llevan esa tradición por si les sirve de algo», o «una leyenda que seguramente inventaron las porteras»! Yo aplaudo desde aquí a los estudiosos que con todo rigor escriben sus libros de

Historia; pero les pido que, cuando se dirijan a mí, lo hagan dejando a un lado su orgullo de eruditos, que me respeten tal cual, con todo lo maravilloso y evocador que comporto.

Hoy es para mí un día de gozo porque aquí he sido tratada con amor y, en más de una ocasión, con emoción. En esta era materialista, yo os brindo la posibilidad de adentraros en un mundo sorprendente de apariciones, fantasmas, duendes, almas en pena, imágenes que hablan, hombres-demonios, hombres-santos, picaros, ángeles... Dejaos llevar por los rincones de Madrid: humildes y sencillos unos, majestuosos y soberbios otros; pero todos vestigios de otro tiempo, en el cual vivieron, amaron y sufrieron las personas que nos han precedido.

Y ahora entornad los ojos, dejad volar vuestra imaginación...
Ante vosotros va a pasar

LA LEYENDA

RELATOS



LA ABADA

Hace siglos, más de cuatro, en las eras llamadas de San Martín por pertenecer al monasterio del mismo nombre, se aposentaron unos portugueses, especie de saltimbanquis –según Répide–, que improvisaron una barraca desde la que mostraban una abada, acompañando el espectáculo con el tañer de dulzaina y tamboril. Las gentes curiosas acudían en tropel atraídas, no por los sonos musicales, sino por la contemplación del para ellos raro ejemplar. Los que pagaban los dos maravedís que costaba entrar en la tienda quedaban boquiabiertos al ver a la «gran bestia»: medía casi tres metros de largo y la mitad de alto, tenía la piel negruzca, dura y fuerte como una coraza; la *cabeza*, muy estrecha, terminaba en un hocico puntiagudo cuyo labio superior se movía a placer; sobre la nariz mostraba un cuerno más bien pequeño y encorvado; el cuerpo muy grueso se sostenía por unas patas cortas que desentonaban con los anchos pies provistos de tres pesuños; tenía unas orejas puntiagudas cubiertas de pelo y una cola corta de tiasas cerdas terminada en bola que los muchachos, entre risas y gritos, trataban de coger por entre los barrotes del jaulón, con el consiguiente enfado de los cuidadores.

Trabajaba en el cercano horno de la Mata un mozo que acudía casi a diario a visitar a la famosa hembra de rinoceronte, llevándole un bollo de pan que ella comía sin hacerle ascos, a pesar de que lo suyo fueran las yerbas y el grano. Un día, cuando ya estaba lo

suficientemente familiarizado con el animal, comenzó a perderle el miedo y a darle de comer abriendo la jaula. Hablando con otros zagales del barrio, le sugirieron una travesura para ver la reacción de la abada. Era temprano, no habían comenzado a llegar todavía los visitantes de la Villa, cuando el mozalbete, seguido de tres o cuatro amigos, se presentó con un mollete recién salido del horno pinchado en un palo y lo puso en la boca del animal que lo engulló en el acto. Cuando la fiera sintió la masa abrasándole las entrañas, se revolvió furiosa y se arrojó sobre el joven, que pereció momentos después entre sus dientes.

El prior de San Martín, fray Pedro de Guevara, dueño de los terrenos, expulsó a los portugueses de su jurisdicción al tener noticia del triste suceso. Temiendo las represalias del pueblo y el rigor de la justicia, los lusitanos huyeron y se pusieron a buen recaudo, no sin antes dejar escapar a la abada. Al anochecer, salieron los madrileños con palos y azadones en busca del animal. Dice Antonio Capmany que «las viejas y beatas refirieron hasta veinte muertes ocasionadas por la abada cuando huía, y que las contaban entre lágrimas y sollozos». La fiera apareció en las eras de Vicálvaro y allí fue abatida por los tiros certeros de un cazador. Y cual si del unicornio –animal fabuloso del Medioevo– se tratara, la raspadura de su cuerno, según cuentan, sirvió como afrodisiaco para que muchos «tibios amorosos» sintieran el latigazo de la pasión.

Cuando años más tarde, al edificar en los terrenos de las eras de San Martín, nació una calle, fue bautizada con el nombre de la Abada, que conserva en la actualidad.

EL ADIÓS DE ELENA SANZ

El Teatro Real resplandecía aquella noche con sus mejores galas: se presentaba el lírico Julián Gayarre con *La Favorita*. Junto a él, actuaba una hermosa mujer cuyo arte –según la crítica– «quedaba por bajo de su belleza»: se llamaba Elena Sanz y había sido educada en el colegio de las Niñas de Leganés, ubicado en la calle de la Reina hasta que las leyes urbanizadoras lo demolieron para dejar paso a la Gran Vía.